

NAVIDAD: UN DIOS CON ROSTRO HUMANO

Desde siempre los hombres han deseado convertirse en dioses, elevándose por encima de los demás seres humanos, tanto que "seréis como Dios" es el engaño que usa la serpiente del Génesis (3,5). Los hombres habían ubicado a la divinidad en lo más alto de los cielos ("¿No está acaso Dios en lo alto del cielo?", Job 22,12), y, de hecho, el sueño de los poderosos en cada momento de la historia no ha sido otro que alzarse sobre el resto de mortales ("Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas de Dios... seré igual que el Altísimo", Is 14,12.14). Alcanzar al Señor ha sido asimismo la máxima aspiración de todas las personas religiosas: elevarse espiritualmente para unirse místicamente con el Dios invisible. Los poderosos pensaban fusionarse con Dios y ponerse a su altura mediante la acumulación del poder; las personas religiosas, por medio de la sucesión de plegarias.

En la Navidad, por el contrario, Dios se hace hombre, abajándose al nivel de los seres creados. Solo la "necedad de Dios" (1 Cor 1,25) podía impulsar al Altísimo no solo a hacerse hombre, sino a permanecer en esa condición: el Señor "se despojó si mismo, tomando la forma de siervo, igual que cualquier hombre" (Fil 2,7).

Con el nacimiento de Jesús, Dios ya no es el mismo de antes, ni tampoco lo es ya el ser humano. Se ha transformado por completo la relación entre Dios y los hombres, y entre estos y su Señor.

Los poderosos y las personas pías confiaban en alcanzar la condición divina separándose de los demás seres humanos, los primeros para dominarlos, los segundos para convertirse en ejemplo brillante para ellos.

Pero en la medida en que el poderoso intentaba alzarse, tanto más se precipitaba "en la profundidad del abismo", engullido por las tinieblas (Is 14,15), porque el alejamiento de los otros hombres lo hacía inhumano. Y cuanto más se distanciaba de sus semejantes la persona religiosa para encontrarse con Dios, en realidad más lejos parecía hallarse de Dios, que resultaba cada vez más inalcanzable, porque separarse de los hombres quería decir separarse del Señor (Lc 18,14).

La Navidad nos da la clave para entender el por qué. No es preciso subir para encontrar al Señor, sino ponerse a la altura de los demás, porque en Jesús Dios se ha hecho hombre, profundamente humano y se ha puesto al servicio de los hombres. Con Jesús, ya no se trata de buscar a Dios, sino de acogerle ("A aquellos que lo acogieron...", Jn 1,12). Él es el "Dios con nosotros" (Mt 1,23), y nos pide que lo acogamos y que con él y como él, inundemos a las personas de su amor y hagamos el mundo más humano.

En Jesús, Dios se muestra atento y sensible a los sufrimientos de los hombres y a sus necesidades. Cuanto más verdaderamente humanos seamos, tendrá más libertad y espacios para manifestarse la semilla divina que hay en nosotros. Esta es la maravillosa sorpresa de la Natividad del Señor.

Alberto Maggi